



A dramatic illustration for a Star Wars movie poster. In the foreground, a villainous character with a black cap and a white mask covering the lower half of his face looks intensely at the viewer. He is wearing a dark uniform. Behind him, a starship chase unfolds in a dark, starry sky. Several TIE fighters are visible, some firing energy beams. In the background, a cityscape is partially visible, with a large, domed structure on the left and a burning structure on the right. At the bottom of the poster, a small orange starship is shown in a blue, watery environment, with three characters inside. The overall color palette is dominated by dark blues, blacks, and oranges from the fire and the starship.

# STAR WARS

AVENTURAS EN EL  
**ESPACIO SALVAJE**

LA TRAMPA

Milo y Lina prosiguen su viaje a bordo del *Ave Susurro* para rescatar a sus padres, sin saber que las fuerzas imperiales los están esperando. ¿Podrán librarse de la trampa que les tienen preparada?

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy muy lejana...

Son tiempos de oscuridad. Con el fin de las Guerras Clon y la destrucción de la Orden Jedi, el malvado Emperador Palpatine domina la galaxia sin oposición.

Mientras el Imperio se expande hacia el desconocido sistema solar del ESPACIO SALVAJE, el capitán imperial Korda tiene secuestrados a los exploradores Auric y Rhissa Graf, y espera usar sus mapas y datos en beneficio propio.

Los hijos de los Graf, Milo y Lina, lograron escapar de Korda a bordo del *Ave Susurro*, la nave de sus padres, y ahora se dirigen al planeta Thune en busca de ayuda...

# CAPÍTULO 1



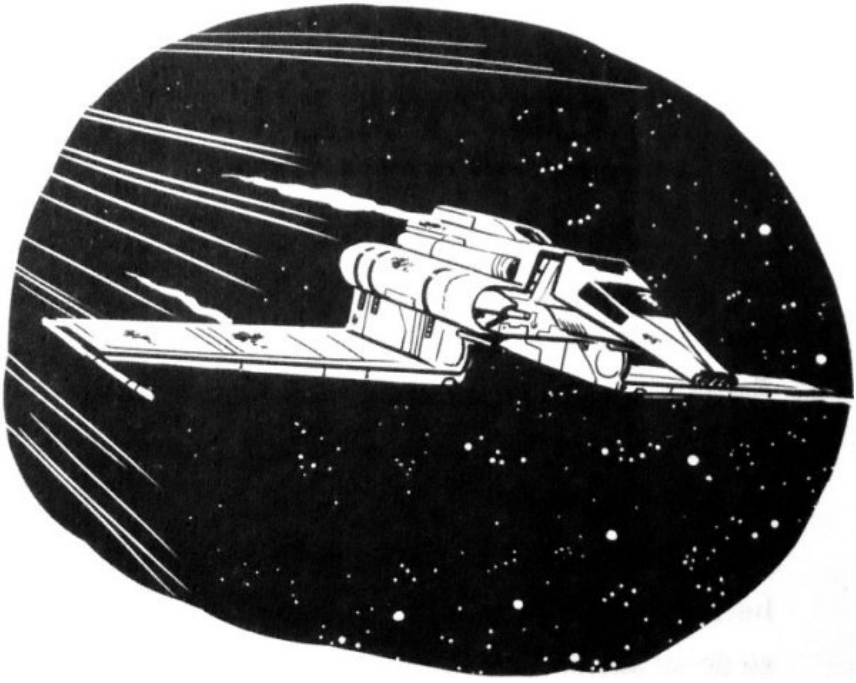
## FALLO DE ENERGÍA

**E**l *Ave Susurro* tenía problemas y Lina Graf lo sabía. En cuanto la sacó del hiperespacio, la nave empezó a sacudirse como un bantha revoltoso.

—Lina, ¿qué estás haciendo? —se quejó su hermano Milo cuando estuvo a punto de caerse de su asiento, en la parte trasera de la estrecha cabina.

—Intentar volar en línea recta —contestó ella bruscamente, mientras pulsaba interruptores en la consola principal. Las luces de emergencia parpadeaban y, por mucho que Lina lo intentara, la palanca de control no giraba.

La nave se sacudió, zarandeando a ambos niños en sus asientos.



—¿A eso lo llamas línea recta?

—¡Señor Milo, por favor! —replicó el droide, que estaba sentado a la derecha de Lina, conectado directamente al ordenador de navegación—. La señorita Lina lo hace lo mejor que puede.

—¿Y si lo mejor que puede no es suficiente? —refunfuñó Milo.

—Pues su actitud tampoco será de mucha ayuda —dijo CR-8R.

CR-8R, o Cráter para sus amigos, era un droide mosaico, improvisado por Rhyssa a partir de distintas piezas. Su cuerpo era una carcasa astromecánica conectada a una base de probot flotante, dotada con brazos manipuladores que se agitaban mientras hablaba. Era quisquilloso, terco y extraordinariamente molesto pero, en ese momento, también era lo único que tenían.

Sus padres no estaban: Auric y Rhyssa Graf, exploradores, realizaban mapas de los desconocidos recovecos del

Espacio Salvaje hasta que fueron capturados por un capitán del ejército Imperial llamado Korda. Lina siempre había pensado que el Imperio luchaba por el bien, que propagaba la paz y el orden por toda la galaxia. ¿Cómo pudo estar tan equivocada? Korda había robado sus mapas, capturado a sus padres e intentado destruir el *Ave Susurro* con Lina y Milo en su interior.

Ahora estaban solos, con la sola compañía del viejo carrabias de CR-8R y de Morq, el mono-lagarto kowakiano de Milo. Lina no podía confesárselo a su hermano pequeño, pero estaba aterrorizada. Y, por mucho que éste intentara aparentar valentía, sabía que Milo estaba igual de asustado.

Pero, de momento, tenían problemas más urgentes. El *Ave* había sufrido daños considerables al escapar de las cargas explosivas de Korda y a duras penas se mantuvo de una pieza en el hiperespacio.

—Llegando a Thune —anunció CR-8R.

Lina miró hacia arriba a través de la cabina y se fijó en un pequeño planeta marrón y azul que se encontraba sobre ellos.

—¿Vamos a lograrlo? —preguntó Milo, colocándose en su asiento mientras Morq se colgaba de él, gimiendo lastimosamente.

—Por supuesto —dijo Lina—. Siempre y cuando la nave no se rompa en pedazos primero.

—¿Y qué probabilidades hay de que eso ocurra?

Se oyó un golpe en la parte superior y saltaron chispas desde los indicadores de potencia de la consola.

—¡Van en aumento! —admitió apartándose el humo de la cara—. Cráter, ¿qué está pasando?

El droide consultó el localizador de desperfectos del *Ave*.

—¿Por dónde quiere que empiece? Se están apagando los sistemas de toda la nave. ¡Los propulsores se están so-

brecalentando y el sistema de soporte está en estado crítico!

—¿Hay algo que funcione? —preguntó Milo.

—El sintetizador de comida está operativo.

—Genial. ¿Alguien tiene hambre?

El sonido de una pequeña explosión retumbó por todo el *Ave Susurro*.

—Ahora ya no —reportó CR-8R—: ¡Acaba de explotar!

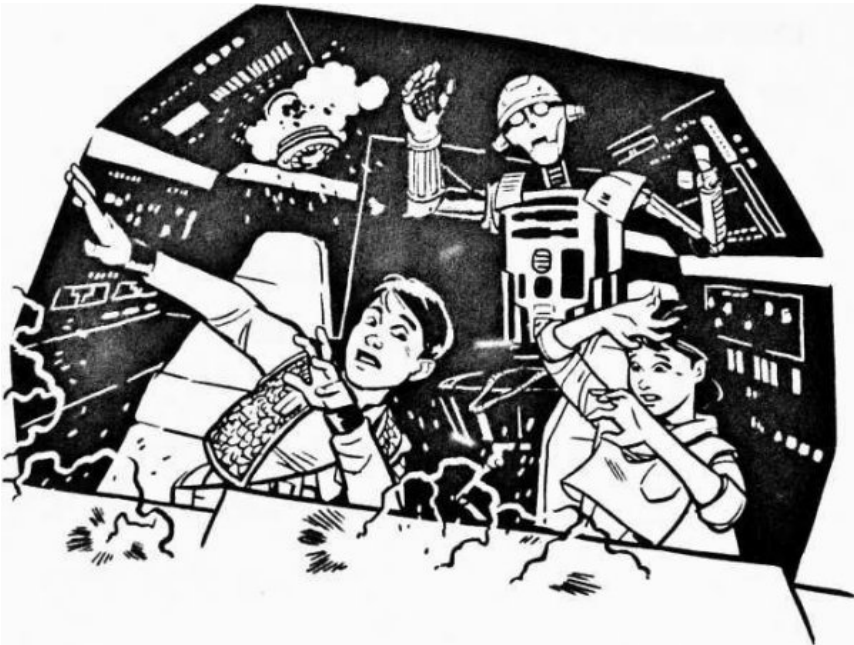
A Lina le entraron ganas de darse de cabezazos contra la consola de mando.

—Hay que descender para hacer reparaciones —dijo, intentando mantenerse serena.

—¿Tienes que usar la palabra «descender»? —dijo Milo.

—¿Por qué no? ¡Si los propulsores se estropean, eso es exactamente lo que vamos a hacer!

—Sistemas de soporte en estado crítico —informó CR-8R.



—¡Cállate de una vez! —gritó Lina.



—No ataque al mensajero —contestó CR-8R con arrogancia—. No es culpa mía que la nave se esté cayendo a trozos.

Lina dejó el asiento de piloto y analizó las lecturas en la consola trasera.

—Ahí está el problema —anunció, abriendo una maqueta holográfica del motor del *Ave*—. El generador principal está fallando e inutiliza el resto de los sistemas.

—¿Puedes arreglarlo? —preguntó Milo, cuya voz delataba lo asustado que estaba.

A Lina siempre se le habían dado bien las máquinas. Cuando era pequeña pasaba más tiempo desmontando sus juguetes que jugando con ellos. El *Ave Susurro* era infinitamente más compleja, pero podría hacerlo. Tenía que poder. En ausencia de sus padres, ella era la persona de mayor edad. Estaba al mando.

Dio un apretón, que intentaba ser reconfortante, al hombro de Milo.

—Si me ayudas, puedo.

Milo sonrió e hizo un saludo burlesco.

—Sí, mi capitán.

Lina rio y se volvió hacia el navegador.

—Cráter, dirige la nave. Mantón el rumbo hacia delante, ¿vale? Hacia Thune.

—Hacia delante no es problema —contestó CR-8R—. Cualquier otra dirección puede suponer alguna contrariedad.

—Puedes hacerlo —dijo Lina, abriendo las puertas de la cabina y corriendo hacia el sistema de motores de la nave.

—Oh, ¿usted cree? Qué amable de su parte —respondió CR-8R sarcásticamente, mientras Milo seguía a su hermana con Morq amarrado a sus hombros—. Quiero decir, llevo pilotando naves espaciales desde... déjeme pensar... ¡ANTES DE QUE NACIERAN!

Mientras CR-8R continuaba quejándose, Lina llegó a la bodega principal, con Milo pisándole los talones. Corrió

hasta la escalera de la pared del fondo y empezó a subir hacia una escotilla de acceso en el techo.

—Puedo acceder al núcleo por aquí —dijo hacia abajo, dirigiéndose a su hermano—. Aunque no consiga que funcione de nuevo, puedo encender los generadores de emergencia. Deberían proporcionarnos suficiente energía para llevarnos abajo.

—¡Para llevarnos abajo a salvo! —gritó Milo—. Has olvidado decir «a salvo».

—No puedo prometerlo —dijo ella, alcanzando la escotilla—. Pero llegaremos de una pieza. Probablemente.

—Odio cuando dice probablemente —murmuró Milo, provocando un gemido de conformidad por parte de Morq.

Sobre ellos, Lina presionó un control de la compuerta y esperó a que ésta se abriera.

No pasó nada.

Presionó de nuevo, pero la pequeña puerta seguía sin moverse.

Intentando no entrar en pánico, optó por el accionamiento manual y probó a tirar de la escotilla.

—¿Qué pasa? —le gritó Milo.

—No cede —contestó ella con los dientes apretados—. El mecanismo debe de haberse atascado.

—¿Hay otra forma de entrar?

Lina tenía el corazón en un puño.

—Sí, la hay.

Volvió a bajar por los peldaños.

—Pues ¿dónde está? —preguntó Milo—. ¿Cómo entramos?

—No entramos —dijo Lina—. Yo entro.

—¿A qué te refieres?

Lina se dirigió hacia una pantalla de ordenador, donde activó un holograma y mostró una copia holográfica del *Ave Susurro*.

—El generador está aquí —dijo ella, señalando una luz roja intermitente en el centro de la nave—. Y la escotilla atascada está allí.

—Vale, entonces, ¿cómo se supone que vas a entrar?

Lina tragó saliva.

—Pues usando la escotilla externa, aquí. —Apuntó hacia una pequeña compuerta sobre la nave.

—¿Externa? ¿Quieres decir «fuera»?

Lina intentó que su voz no delatara el miedo que sentía.

—Sí.

—Estamos en el espacio, hermanita. ¡No puedes salir fuera de la nave mientras estemos en el espacio!

—¿Para qué te crees que están los trajes espaciales? Además, si no lo hago, nunca aterrizaremos de forma segura.

Antes de que Milo pudiera responder, la voz de CR-8R crepitó por el sistema de comunicaciones.

—Señorita Lina, sea lo que sea lo que vaya a hacer, ¿puedo sugerirle que lo haga de prisa? Los retropropulsores han fallado. No podemos frenar.

Lina, frustrada, golpeó con su mano una unidad de comunicación.

—Entonces cambia el rumbo. Aléjanos de Thune.

—No puedo. Los controles no responden. Si no cambiamos el rumbo enseguida... Me temo que el *Ave Susurro* va a chocar directamente contra el planeta.

## CAPÍTULO 2

---

### PASEO ESPACIAL

Thune se hacía más grande a cada segundo que pasaba.

Milo se sentó en el asiento del piloto, con Morq posado en el respaldo. Nervioso, echó un vistazo a la pantalla que mostraba la cámara de descompresión del Ave. Lina estaba en el interior, vestida con uno de los trajes espaciales amarillo brillante de la familia y con el protuberante casco bajo el brazo.

—Señorita Lina —dijo CR-8R a través de la unidad de comunicación—. Por última vez, esto es una muy mala idea.

—Es la única que tenemos, Cráter —respondió ella.

—Déjeme salir a mí —insistió el droide—. Puedo arreglar la célula de energía.

—La compuerta es demasiado estrecha; no podrías pasar. Además, necesito que pilotes.

—Yo puedo pilotar —interrumpió Milo.

—¡Enano, tú estrellas los *speeders* incluso cuando están parados! Confía en mí: es la única manera.

Milo solía irritarse cuando su hermana usaba aquel mote, pero estaba demasiado preocupado como para que le importara en ese momento. Sólo quería que a su hermana no le pasara nada.

En la pantalla, Lina se colocó el casco en la cabeza y se lo ajustó.

—Muy bien —susurró CR-8R—. Si está dispuesta a seguir este ridículo plan...

—Lo estoy —contestó Lina, aunque su voz reflejaba nerviosismo.

—Vamos a repasarlo una vez más.

—No podemos esperar mucho, Cráter.

El droide la ignoró.

—Abrimos la cámara de descompresión y usted sube a la parte superior del *Ave Susurro*. Las almohadillas magnéticas de sus manos y rodillas la mantendrán sujeta al casco de la nave.

—Lo pillo.

—Una vez haya abierto la compuerta, no se entretenga con el núcleo principal: eso le robaría demasiado tiempo.

—En lugar de eso, desvíó la energía a los sistemas secundarios —continuó Lina desde la cámara de descompresión—. Los retropropulsores deberían abrirse y podrás llevarnos a tierra.

—Sólo cuando estés de vuelta —apuntó Milo.

—No te preocupes, no pienso ir colgando.

—Mientras tanto, intentaré anular los repulsores —dijo CR-8R—, y estabilizar el compensador de aceleración. Si no, vamos a tener un viaje muy movido.

—Todo correcto —dijo Lina en el comunicador, pero Milo sabía que no era cierto. Nada de aquello era correcto, en absoluto. Deseó poder ocupar el lugar de ella, pero sabía que no serviría de ayuda: mientras que Lina entendía de máquinas, el gran amor de Milo era la naturaleza. Él era feliz revolcándose en un pantano o descubriendo nuevas especies, no reorientando la energía de los generadores.

Ahora no podía ser de mucha utilidad.

—Ve con cuidado, ¿eh, hermana? —dijo, intentando parecer animado—. ¿A quién voy a molestar si no estás por aquí?

—Me molesta a mí —señaló CR-8R, que recibió un torzazo de la cola de Morq.

—No te preocupes, Milo, puedo hacerlo. Cráter, abre la cámara.

Milo se preguntó si estaba intentando convencerlo a él o a sí misma. En el asiento de copiloto, el droide pulsó algunos botones antes de anunciar:

—Abriendo la cámara de descompresión en cinco, cuatro, tres, dos...

—¡Uno!

Lina contuvo la respiración cuando el aire salió de la cámara, y la puerta hexagonal se abrió ante ella y reveló estrellas muy lejanas. Se le revolvió el estómago y estuvo a punto de gritar que aquello era un grave error y había cambiado de idea.

Con la puerta completamente abierta, sólo un campo magnético la protegía del vacío. Tragó saliva y presionó un interruptor en el panel de control que llevaba cosido a la manga del traje espacial.

—Deteniendo la gravedad artificial de la cámara.

Se oyó un pitido y Lina empezó a flotar por la sala. Cuando eran pequeños, su madre solía desactivar la gravedad artificial en la bodega principal para que Milo y Lina jugaran en gravedad cero, gritando y aplaudiendo mientras nadaban por el aire. De pronto, ya no parecía tan divertido como antes.

—Reduce el campo magnético —ordenó.

—Campo magnético desactivado —respondió CR-8R a través del comunicador. Con una repentina ráfaga de luz, la puerta azul que había entre ella y el espacio abierto desapareció.

Lina se imaginó a su madre diciéndole que podía lograrlo y se impulsó hacia el exterior. Se agarró al borde de la puerta abierta y se colocó boca arriba para subir por el casco del *Ave Susurro*.

Ya estaba en el exterior de la nave.

Su estómago se contrajo, y por un momento pensó que iba a marearse dentro de aquel casco. «No es una buena idea, Lina. En absoluto». Trató de recordar una de las muchas cosas que CR-8R sabía y les había recitado:

—Cuando se sale al espacio exterior, hay que concentrarse en la nave, no en las estrellas. Si miran hacia arriba, quedarán hipnotizados por la inmensa extensión del espacio. Si miran hacia abajo, verán el casco, sólido y seguro. Caminen paso a paso y no corran: no querrán resbalar y perder la sujeción.

En efecto, aquello era lo último que Lina quería. Para ser un droide tan molesto, a veces CR-8R tenía mucha razón.

Todavía agarrada del borde de la puerta, pulsó un botón en su manga. Las almohadillas magnéticas de sus rodillas y guantes se activaron, por lo que las extremidades se le pegaron al exterior de la nave.

—Funciona —dijo en voz alta.

—¡Lo estás haciendo genial, hermanita! —la animó Milo.

